

## PALABRA FINAL

**E**l que es igual a Dios en todo, dejando de alguna manera de lado la eternidad y la infinitud, vino a nosotros abrazando todas nuestras limitaciones. Las que abrazó eran bien concretas: Jesús de Nazaret nació en un lugar y un momento concretos. Trabajó la madera con los instrumentos de su tiempo. Aprendió salmos de memoria. Nunca salió de su país. Tuvo que escoger de entre muchos los que habrían de ser sus amigos - setenta y dos, luego doce, más tarde tres, no más.

Notables como podrían parecer estas limitaciones, hay otra que parece más notable todavía. El Uno de la Trinidad abrazó todas las limitaciones del lenguaje. La Palabra de Dios, que puede expresar el Yo divino a las otras Personas, intentó explicarse en una lengua entre muchos miles. El *Logos*, cuya voz resuena íntimamente en cuanto existe, se expresó en frases y párrafos fragmentarios y en las aproximaciones de la sintaxis humana. El que puede inundar nuestras mentes con la comprensión se obligó a persuadir con narraciones y citas de la Escritura. Posiblemente no pudo explicar la infinita sabiduría y ciencia que había recibido del Padre ni en una ni en todas las lenguas a la vez. Por eso "no le entendieron".

A lo largo de los días de su ministerio Jesús estuvo rodeado de incompreensión. Se sintió solo porque no le entendieron ni sus amigos más íntimos. Abrazó otra limitación que hoy nos impresiona: no escribió. Entonces la humanidad sabía escribir, y los grandes y poderosos codificaban leyes y escribían libros inmortales. Jesús se humilló también en este respecto. No escribió nada de las verdades más importantes que haya pronunciado jamás lengua humana.

Entonces su voz se extinguió. Mucho más tarde, las palabras que pronunció fueron escritas, pero sólo por otros y no en su lengua. La Palabra de Dios escogió esta extrema limitación, esta desesperada pobreza: la lengua.

Esta opción suya confunde la sabiduría humana pero su Padre la bendijo. Cuando volvió a vivir en nuestra carne, trajo consigo del Padre un Espíritu que ha de revelar cuanto Jesús trató de decir a sus discípulos. Los de Emaús sintieron que sus corazones ardían cuando se les explicaba a Sí mismo. Como ellos, le pedimos que nos ponga con el Hijo, esperando que su Espíritu encienda nuestros corazones y nuestras palabras.